



testimonio

El hada del Jardín Botánico de Quito

Por Adriana Valverde
(arias@jardinbotanicoquito.com)

El Jardín Botánico de Quito ofrece programas educativos, diseñados con metodología, contenidos, actividades, tiempo de duración, apoyo audiovisual y guías educativas con formación especializada, diferenciados para cada grupo según la edad de los visitantes.

El programa educativo para los más pequeños (de tres a siete años de edad) se denomina “El jardín de los sentidos”. Como su nombre lo indica, se trata de un recorrido por los senderos, donde se ponen en juego todos los sentidos para conocer la magia que ofrecen las plantas con sus diferentes colores, formas, aromas, tamaño y texturas, así como los diferentes espacios del jardín donde se pueden realizar experiencias sensoriales de temperatura y sonidos.

Aquí interviene un personaje mágico, el hada del bosque. Siempre tuve la ilusión de despertar en los niños la magia con relación a las plantas, así es que pensé en las hadas. Solicité al jardín que me confeccionara un traje de hada y comenzó una linda experiencia con mis alas y mi varita mágica.

Por lo general, cuando los niños visitan el Jardín observan un video de títeres con música y un relato sobre cuidar la naturaleza. Al finalizar el video hay una canción y el hada hace su entrada, pidiendo que aplaudan y que escuchen la canción.

Los niños sorprendidos dicen ¡es un hada! Al finalizar la canción, me presento y les pregunto si quieren jugar; ellos gritan y dicen que sí. Es entonces cuando

salimos a un espacio verde, y con la ayuda de mi varita mágica toco sus cabecitas y les digo que se conviertan en mariposas. Estiran su manos y comienza a correr. Los convierto en sapos que deben brincar y hacer el sonido de los sapos. Con la varita mágica toco sus cabecitas y los convierto en abejas para que vuelen y hagan el sonido de abejas.

Al finalizar esta actividad les cuento que mi misión como hada es cuidar las plantas, atraer la lluvia y el viento para que vuelen las semillas, y les explico que los animalitos trabajan para que existan más plantas. Los niños, muy felices, se despiden con señales de cariño, con besos en la frente y choque de puños.

Meses atrás nos visitó un grupo conformado por doce niños y tres adultos. Cuando ingresaron al jardín, un niño me llamó la atención por su evidente estado de inseguridad. Me presenté indicándoles mi nombre y los llevé hacia el estanque grande.

Los niños se quedaron encantados al observar los peces. Mientras les informaba acerca del lugar, noté que Mateo, el niño asustado, no quería acercarse al estanque porque tenía miedo a las libélulas. Enton-

El Jardín Botánico de Quito atiende todos los días del año, de lunes a viernes de 8h00 a 16h45 y sábados, domingos y feriados de 9h00 a 16h45.

Con la varita mágica toco sus cabecitas y los convierto en abejas para que vuelen y hagan el sonido de abejas.



ces pensé cómo podría ayudarlo. Recordé entonces la leyenda de las hadas del bosque. Les pregunté a los niños si querían que les contara una historia y todos dijeron que sí.

A Mateo, asustado, le pregunté si le gustaban las hadas y me respondió que sí. Entonces comencé a relatar esta historia:

Había una vez unas hadas del bosque, encargadas de cuidar la naturaleza y el viento, que comenzaron a cuidar también a los humanos y a tener contacto con ellos.

Entonces, el padre universo las castigó convirtiéndolas en libélulas. Mateo, con cara de sorpresa repetía “las libélulas son hadas, las libélulas son hadas, no lo puedo creer”.

Continué con el recorrido y logré observar a una pequeña libélula sobre una

El jardín de los sentidos es un recorrido por los senderos, donde se ponen en juego todos los sentidos para conocer la magia que ofrecen las plantas con sus diferentes colores, formas, aromas, tamaño y texturas.

hoja, por lo que les pedí a los niños que hicieran silencio. Puse mi mano cerca de la hoja y la libélula se posó en mi mano. Los niños sorprendidos se emocionaron.

Le pedí a Mateo que se acercara a mí, y con mi otra mano tomé la suya, que estaba muy rígida y temblorosa. La libélula sintió mi movimiento y se fue. Mateo, muy sorprendido, dijo: “no lo puedo creer, estuve cerca de una libélula”.

Avanzábamos con el recorrido, y Mateo más tranquilo me preguntó dónde viven las libélulas. Le conté que a ellas les gusta estar cerca de los estanques. Al terminar el recorrido, Mateo se acercó al estanque y colocó sus manos pidiendo a las libélulas que se posaran en sus manos. Yo, muy feliz, me acerqué a felicitarlo. Le dije que era un niño muy valiente al hacer eso.

El grupo salió y Mateo, muy agradecido, se despidió con un abrazo. Para mí estas experiencias siempre quedan en mi corazón.

Al final de los recorridos me siento muy satisfecha ya que descubro que mi misión en este hermoso planeta es enseñarles a las personas a valorar y respetar a todos los seres vivos.



Siempre tuve la ilusión de despertar en los niños la magia con relación a las plantas, así es que pensé en las hadas.